



Ficciones autobiográficas y memorias de Alicia Jurado

Silvina Laura Sartelli

UNLP

I. Introducción

La obra de la escritora argentina Alicia Jurado oscila entre la ficción y la realidad. Enmarcada dentro de las ficciones autobiográficas, muchos de sus cuentos incorporan elementos biográficos de los que da cuenta años más tarde al escribir sus memorias, al tiempo que en éstas omite ciertos datos y se permite algunas digresiones. Deja entreabierta, así, la probabilidad de la inexactitud en algunos de sus fragmentos. Ambas situaciones invitan al lector a jugar de forma permanente con la delgada separación entre lo ficcional y lo real.

Sobre la base de estas consideraciones, el propósito de este trabajo es identificar las conexiones existentes entre las memorias y los cuentos pertenecientes a Alicia Jurado. Sin pretensión de abarcar la totalidad de su obra, se intenta descubrir aquellos textos más representativos de la vida de la autora, en los que fácilmente puedan identificarse pasajes que encuentran íntima conexión con su historia personal.

Asimismo, se analiza la importancia de la recuperación de una memoria colectiva que, sumada a la individual, recrean una época pasada con notable incidencia política en el país. Se parte de la idea de que la historia de Alicia Jurado está notablemente influenciada por sus antepasados, y que es por medio de esta rememoración que se reconstruyen anécdotas y hechos políticos históricos.

Para el desarrollo de este trabajo se seleccionó como corpus las colecciones de cuentos *Leguas de polvo y sueño* y *Los rostros del engaño* y uno de los tres volúmenes de sus memorias. En la primera parte, se analiza su trabajo de no ficción a fin de identificar sus principales características. Posteriormente, se realiza un trabajo comparativo entre sus cuentos y sus memorias. Finalmente, se esbozas algunas conclusiones.

II. Las memorias de Alicia Jurado

El primer volumen de las memorias escritas por Jurado -llamado *Descubrimiento del mundo I*-, abarca los primeros treinta años de vida (1922-1952). Allí, a lo largo de diecisiete capítulos, la escritora narra sus gratas experiencias en la estancia “El Retiro”, su vida como estudiante, el contexto social y político en el que estuvo inmersa, su historia junto a su marido e hijos. Hasta incluye un último capítulo en el que relata sus viajes por Europa. Aquí puede realizarse una primera apreciación sobre el trabajo de Jurado: la fragmentación del “yo” de la autora, sus múltiples configuraciones, una autora/narradora que se describe así misma en sus diversas facetas como académica, intelectual, niña, mujer, esposa, madre.

Ya desde el prólogo, la escritora nos informa que el recorrido realizado para escribir sus memorias estuvo cargado de congoja, exaltación y deslumbramiento; sin embargo, en su última etapa de vida optó por compendiar estos recuerdos, entre otras razones, para evitar ser recordada erróneamente a través de sus ficciones. Textualmente, nos dice: “Si yo misma no le suministrase datos sobre mi vida tendría que inferirla basándose en mis libros, donde le sería imposible separar las experiencias reales de la ficción que las modifica y recombina” (p. 10).

Particularmente interesante resulta la aclaración formulada respecto de por qué llama a su libro memorias y no autobiografía. En efecto, Jurado entiende que la biografía merece cierta rigurosidad e imparcialidad a la hora de escoger los hechos de las que carecen las memorias. Por ello la autora se

permite jugar en esa selección, ocultar algún hecho importante, dar espacio a las trivialidades, a los juicios y reflexiones, al tiempo que advierte al lector sobre alguna posible inexactitud o falta de objetividad en el relato.

En cuanto a las fuentes utilizadas, Alicia Jurado recurre no solo a su memoria (memoria como fuente de vida, la que, por otra parte, ya seleccionó inconscientemente algunos recuerdos), sino que, además, se apoya en documentos escritos que le permitieron recuperar vivencias. Entre ellos se destacan los diarios de viajes a los que recurre en varios pasajes de sus memorias. También se observa la realización de una exhaustiva investigación sobre sus antepasados a los que les dedica dos capítulos enteros (II.- Breve digresión española y IV.- Larga digresión criolla), con la clara intención de demostrar que su vida indudablemente se nutrió de las costumbres y modelos que le fueron inculcados por sus mayores.

Si bien la escritura autobiográfica empieza a hacerse visible durante los años sesenta y setenta del siglo XX, en algunos casos se acude al nombre de “memorias”, “dado su mayor apego al análisis de la circunstancia externa y no a la exploración interior que caracteriza a la autobiografía” (Negrete Sandoval, 2015: 224)¹. Esto coincide con una producción autobiográfica propia de esa época que generalmente responde al estudio de circunstancias externas (sociológicas, políticas y culturales,) por sobre una introspección propiamente dicha. De acuerdo a la opinión de Sylvia Molloy (1996), desde la década del 60 la literatura autobiográfica analiza el “yo” en su relación con las circunstancias sociales e históricas, por eso la autora, en su libro *Acto de presencia* persigue desentrañar los vínculos entre la autofiguración, la identidad nacional y la conciencia cultural.

Al respecto Noé Jitrik considera, que las evocaciones de las autobiografías de parte del siglo XX están orientadas a exaltar los valores de la oligarquía e impregnadas de una marcada historicidad:

¹ Dentro de este grupo, la autora incluye a las *Memorias* de Jaime Torres Bodet publicadas en dos volúmenes entre 1969 y 1971; la autobiografía de Manuel Maples Arce, *A la orilla de este río* (1964); de Pablo Neruda, *Confieso que he vivido* (1974); y el libro de memorias de Jorge Edwards, *Persona non grata* (1973).

“revoluciones (de Mayo, del 90), guerras de independencia y civiles, rosismos, mitrismos, el ochenta, la inmigración y la organización del país moderno, constituyen los ejes de los relatos, en torno de los cuales las inflexiones subjetivas son como tenues bordados, apagados traumas, repliegues de lo individual en homenaje a la trascendencia” (1997: 75-76).

Si bien la publicación del primer tomo de las Memorias tuvo lugar en 1989², podría decirse que Jurado también se hace eco de este oleaje en el que se preservan valores propios de la clase social en la que fue criada, las vicisitudes políticas de su país, así como las recordadas luchas contra el indio. De algún modo, pretende con su propia voz evitar ser recordada erróneamente y lo hace dedicándole varios capítulos a la vida de sus antepasados y al rol que cumplieron en la vida política y económica del país.

Pero no por ello debe omitirse que, si bien por una parte la autora agradece los beneficios y privilegios que obtuvo de su vida acomodada, por otra, su relato aparece en algunos pasajes con tono crítico. En efecto, la escritora adopta una postura revisionista y, en cierto modo, transgresora sobre el papel de la mujer en la época que le tocó vivir. Ello es particularmente visible en sus reflexiones acerca del matrimonio y el acceso de la mujer a los estudios universitarios.

Resalta en la escritura de Jurado aquello que Molloy llama “reflexión genealógica”. Durante el ejercicio de recuperación de la memoria, comúnmente se alude a numerosos *recuerdos* que exceden la propia existencia del autobiógrafo, y solo son conocidos por *transmisión hereditaria*³. Así, el campo de la memoria se amplía haciendo suyos recuerdos que son ajenos. Jurado incursiona en este proceder al relatar sucesos que ocurrieron en su estancia -y que retoma en su ficción- como los ataques de los indios, seguramente contados por sus antecesores (tal el caso de su abuela Panchita, a quien ella no conoció)

² Se sitúa la finalización de la década del '70 como el inicio de la profusión de memorias y autobiografías.

³ Molloy (1996) lo expresa así: “Por lo general, en estas autobiografías intervienen (...) dos tipos de memoria que se complementan. Por un lado, la memoria individual, autoabastecedora, a menudo solipsista, que atesora detalles selectos de la vida personal, a manera de reliquias (...) Por el otro, la memoria colectiva que desea preservar el pasado de una comunidad de la cual, como testigo autodesignado, el autobiógrafo es miembro privilegiado” (219-220).

como vívida experiencia de una época que ya no es tal. La justificación de traer al presente las historias de los mayores se encuentra justificada en la narración de Jurado. Sostiene que ellos son parte de sus memorias y que además del lógico componente genético, los recuerdos transmitidos durante su infancia, a través de los ejemplos y las historias contribuyeron a formar su propio origen. Así, su vida se liga a la de sus mayores, y al mismo tiempo, a la historia política del país. Los recuerdos que narra Jurado son recuerdos de odio por la tiranía rosista, conflictos en Buenos Aires o la dictadura peronista, a la que dedica un capítulo aparte (XVI). Este poder de contar una época pasada, empodera al escritor con el privilegio de ser “testigo” (presencial o no) de algo que ya no existe, o que no lo es de la misma forma⁴. Por ende, el carácter testimonial es propio de la autobiografía hispanoamericana. Aquellos que escriben en muchos casos dan testimonio de lo que ya no existe, así escribir una autobiografía es un ejercicio de memoria y, al mismo tiempo, una *conmemoración ritual*. Es por ello que los lugares comunes, los sitios escogidos para los ritos de la comunidad revistan especial importancia. Esto es particularmente visible en las memorias de Jurado: la autora dedica numerosas páginas al lugar que designa como su primer amor: la estancia “El Retiro” y, de forma minuciosa, alude a los objetos que allí se encontraban con especial añoranza (por ej. un brasero de cobre, sillas de paja, jarra de loza belga con su una palangana, recuerdo de sus viajes -p. 18). También recuerda, con precisión, las celebraciones que tenían lugar en ese sitio, como las Navidades en las que “solíamos dar una fiesta (...) a la que se invitaba a los pobladores de la zona, se la convidaba con bebidas y pastelitos de dulce de membrillo y se montaba un pequeño show que consistía en la aparición de mi padre disfrazado de Papá Noel” (p. 80)

Es a través de esos objetos y de esos espacios (en especial de la estancia) que Jurado reconstruye su linaje. En efecto, en el *racconto* del contenido de sus cartas, papeles y otros documentos da cuenta de los destacados roles que sus antepasados cumplieron durante la historia del país: su abuelo como presidente de la Sociedad Rural, diputado provincial y juez de paz; un sable de guardia nacional, sobre el cual Jurado se pregunta quién lo habrá utilizado en los tiempos de Pastor Obligado, su bisabuelo y

⁴ “Ilve Fernández Blanco (...) impuso el estilo de vida a que estaba habituada: mantel adamascado sobre la mesa, mucama de guante blanco para servir los espárragos (...) Pero mamá no cejaba en su empeño, los rituales se cumplían y no declinaba el refinamiento ancestral” (Jurado, 1989:15-16)

primer gobernador constitucional (p. 20). En sus propias palabras: “Casi todos los hijos de familias antiguas eran entonces guardias nacionales; desde que me acuerdo está ese sable en casa, objeto propicio a la conjetura y a la leyenda. Todo eso que atesoro es mi gota de historia, la que unida a millares de otras gotas forma el río de la historia de mi patria” (p. 20).

La política, entonces, es un tema que aparece estrechamente ligado a la vida de Jurado. En varias oportunidades menciona la forma en qué los vaivenes políticos afectaron el estilo de vida de sus antepasados⁵, pero también se vale de estos sucesos -muchos de los cuales no vivenció- para contar su propia historia.

II. Ficciones autobiográficas

Silvia Molloy (1996) señala que “toda ficción (...) es recuerdo” (p. 185) y los cuentos de Alicia Jurado también lo son. Si se parte de los conceptos teóricos elaborados por Alberca (2005-2006), quien a su vez recurre a Lejeune, surge que la autora realiza un doble juego de ambigüedad: por una parte, desde el lado de la ficción se escuda en el llamado pacto novelesco -aunque con datos biográficos concretos-; por la otra, deja entreabierta la puerta al lector sobre la posibilidad de alguna inexactitud en el relato de sus memorias. De allí que, como más arriba se indicara, optó por escribir memorias y no una autobiografía, para hacer uso de la mayor permeabilidad que esta figura permite.

Por un lado, la falta de identidad de narrador, autor y protagonista aleja la obra de ficción analizada del pacto ambiguo -al que se refiere Alberca al hablar de autoficción⁶, aunque sí recurre al

⁵ Por ejemplo, al señalar las penurias que pasó su bisabuelo Isaac Fernández Blanco durante la tiranía de Rosas, como la confiscación de sus bienes (p. 69).

⁶ Como ya se adelantó, técnicamente no podría hablarse de autoficción porque en la obra de Jurado no se cumple con la triple identidad de autor, narrador, protagonista. En palabras de Alberca: “otras interpretaciones que tienden a considerar como autoficción cualquier relato novelesco en el que sean reconocibles materiales o contenidos autobiográficos, pero sin ninguna señal que acredite la identidad de autor y de personaje, me parecen demasiado generales y vagas, y de tenerlas en cuenta habría que considerar buena parte de las novelas conocidas como autoficciones” (2005-2006,119).

pacto novelesco en sus cuentos dado que, como toda obra ficcional, permite mayor grado de invención, con la sola diferencia de que Jurado utiliza de objetos, ambientes, y nombres traídos de su vida real, tal como se pone de relieve en la comparación entre los textos realizada seguidamente.

Pues bien, pasando a análisis de los cuentos, en primer lugar, se recuerda que, de la totalidad de la obra de ficción de Jurado, a los efectos de este trabajo se seleccionaron dos colecciones de cuentos. Una de ellas es *Leguas de polvo y sueño* en la que se compilan cuentos con personajes y hechos reales que ocurrieron en la estancia “El Retiro”, del partido de Tapalqué⁷. Allí, Jurado da cuenta de su especial cariño por esa tierra que la vio nacer y que se convirtió en escenario de sus ficciones. También en sus memorias la autora describe al campo con gran fascinación, donde sus antepasados dejaron su legado y ella aspira a dejar el suyo a sus descendientes. A su turno, *Los rostros el engaño* es otra colección de cuentos, publicada en 1968, que también reúne textos de la autora.

A continuación, se presenta un paralelismo con el contenido del primer volumen de las memorias y los cuentos seleccionados. Este ejercicio persigue identificar las conexiones visibles entre los textos de ficción y no ficción.

II. 1. El malón

Uno de los cuentos incluidos en la colección *Leguas de polvo y sueño*, recibe el título de “El malón”, en referencia a la noche de 1875 en la que los vecinos del Cuartel IV de Tapalqué esperaban la llegada del indio. Así, a partir del relato de uno de sus tíos, recreó el miedo, la incertidumbre, los valores de sus mayores en un texto que dedicó a su abuela paterna Francisca Obligado de Jurado, apodada Panchita.

El cuento relata el estado de zozobra que vivieron los vecinos cuando varios hombres llegaron a “El Retiro” y pidieron hablar con José María Jurado. Le avisaron que un malón iba de Tapalqué hacia

⁷ Jurado señala en sus Memorias: “Le dediqué a la estancia un libro de cuentos, *Leguas de polvo y sueño*, sobre personajes y episodios ocurridos allí y más o menos modificados, pero lo que describo fielmente es la casa y el paisaje que la rodea” (p. 92).

Las Flores y que era probable que pasara por allí, esa misma noche. El dueño de la estancia -que había combatido contra los indios, cuerpo a cuerpo, y sabía de lo que eran capaces- sin dudarlo, dio la orden: todos los vecinos se reunirían en su casa, que era el lugar más seguro.

Durante la noche, mientras los chicos dormían, los hombres hacían guardia y las mujeres rezaban. Misia Panchita, la esposa de José María, hacía dulces tratando de no pensar. Hasta que, al clarear el alba, volvió la tranquilidad: los indios habían cambiado el rumbo y se habían alejado.

El ambiente donde transcurre la historia del cuento coincide con uno de los lugares más añorados por Jurado: estancia “El Retiro”. En sus memorias, la escritora describe a este sitio como el refugio donde podía desvincularse del ruido de ciudad, remanso de paz y sitio propicio para escribir. Identifica al amor por su vieja casa y al campo como el primer amor. Da cuenta de que sus antepasados seguramente habrán disputado ese pedazo de pampa al malón y que también habrán sido quienes plantaron los frutales que le permitían hacer dulce.

De esta comparación surge, con claridad, la íntima conexión entre el relato y los datos reales de la vida de Jurado: espacios físicos, nombres propios, actividades comunes, anécdotas, se combinan para dotar al texto de ficción de connotaciones biográficas.

II. 2. La cama de jacarandá

El tercer cuento incluido en la colección *Los rostros del engaño* se desarrolla en una casona ubicada en Buenos Aires en pleno barrio norte. En sus primeros párrafos se describe minuciosamente las diferentes salas, así como su mobiliario y ambientación: sillas de coro, revestimiento de las paredes revestidas de damasco color oro, vitrinas con objetos de plata. Destaca en el relato la cabeza de San Juan Bautista, colgada frente a sillas peruana enchapadas de plata, que tanto temor provocaban al personaje en su niñez. Pero es en el dormitorio donde se desarrolla la acción principal. Allí se encuentra una gran cama de jacarandá con dosel y cuatro columnas. Tanto la colcha, el dosel como las cortinas son de seda amarilla.

Ahora bien, si se recurre a las memorias de Jurado, en el capítulo referido a la infancia se encuentra un apartado en el que la escritora habla de su tía Naïr Fernández Blanco de Gowland, hermana de su madre y de gran importancia en su vida. Vivía junto a su marido e hijos en la calle Juncal, entre Cerrito y Carlos Pellegrini. La casa allí descripta coincide plenamente con la indicada en el cuento “La cama de Jacarandá”. Aparecen señalados el patio andaluz, el mobiliario hispanoamericano y luso-brasileño del siglo XVIII, el brocato que cubre las paredes -amarillo en la sala y rojo en las del comedor-. Seguidamente, se transcriben, de modo comparativo, algunos pasajes:

Memorias	La cama de jacarandá
<p>En aquella casa, lo único que amedrentaba mi infantil coraje era un cuadro español, indescritiblemente tétrico y sanguinolento, que representaba la cabeza de San Juan Batista puesta en una fuente (p. 84)</p> <p>Mi tía se mudó a la casa de su madre, adosada a la nuestra y con la que compartíamos al fondo un gran jardín común, de diseño francés, cuya mayor belleza era el jacarandá que se convertía en noviembre en una nube aliada (p. 85)</p>	<p>Una espantosa cabeza cercenada de San Juan Bautista, que aterrorizó mi infancia, cuelga en efígie frente al canapé y las sillas de respaldo rígido, y mira de soslayo las dos sillas peruanas enchapadas en plata (p. 36)</p> <p>Pero lo más extraordinario es la cama: un enorme lecho de jacarandá con dosel y cuatro columnas, cuya exquisita talla tiene tal belleza que me hizo olvidar los pavores acumulados durante la media hora en que recorrí la casa (p.37)</p>

Otro de los aspectos que también se incluye en ambos relatos es el referido al Museo Fernández Blanco. En el caso del cuento, aparece como el destino final del mobiliario de la casona en la que se desarrollan los hechos antes de haber sido donados a la Municipalidad. De forma similar, en el capítulo III de sus memorias, al hablar de sus abuelos maternos, Jurado rescata la afición de su abuelo Isaac por las antigüedades hispanoamericanas que fueron donadas a la Municipalidad de Buenos Aires, fundando así el museo que lleva su nombre.

II. 3. El casamiento

En este texto, Jurado describe la historia de Ana Rosa en el día de su casamiento con Jorge. Se entrelazan párrafos donde el narrador prevé un futuro no muy auspicioso para la nueva pareja donde tienen lugar la infidelidad, la maternidad, el divorcio, las necesidades económicas. En este nítido contraste entre un día lleno de dicha, en el que la pareja y familiares planean una vida esplendorosa que no fue tal, la escritora deja entrever pasajes de su propia experiencia.

En efecto, en el capítulo relativo al matrimonio (XIII), Jurado nos relata, en pocas líneas, sus sentimientos en el día de la celebración -los que, aclara, no diferían de las emociones de cualquier joven de esa época “para quienes casarse significaba, en efecto, iniciar una nueva vida” (p. 209)- y su posterior viaje de bodas, al que le dedica el resto del capítulo.

Memorias	El casamiento
<p>Yo iba de un lado a otro, me dejaba fotografiar, cortaba la torta monumental, saludaba, sonreía, sintiéndome muy importante con mi nueva condición de <i>señora</i>⁸ y acaso con al pueril felicidad de estar, aunque solo por una noche, vestida como una reina. Poco duraron aquellas galas y pronto hubo que cambiarlas por el tailleur de viaje con el que me escabullí por la escalera de servicio, sin lograr eludir a los amigos que nos esperaban en la calle para arrojarlos una lluvia de arroz (p. 210).</p>	<p>El tul cayó por fin y Ana Rosa vio su cara en el espejo, despojada del halo cándido. Se reconoció por fin; era otra vez ella, no el personaje de cuento que flotaba por las habitaciones vestida de hada o de ángel (p. 17) Lo miró, mientras se ponía el vestido con que se iría de la casa d sus padres: un sencillo vestido oscuro que la devolvía a la realidad, arrancándola de la magia de aquella azucena lánguida que sólo había vivido dos horas (p. 17)</p> <p>Antes de salir del cuarto se acercó a tocarlo, como si se despidiera de ese espléndido y efímero ropaje que pertenecía a la mitología bárbara de la virginidad, a una superstición insensata que había esclavizado a las mujeres durante siglos (p. 18).</p> <p>En el futuro estaba la larga cola convertida en la colcha de la cama matrimonial (...) el vestido mutilado colgó en un ropero hasta que perdió otro trozo para la colchita de Marcelo, y aún quedó para disfrazar a Anita en una fiesta de fin de año... y para vestirle a la muñeca antigua (p. 18)</p>

⁸ Resaltado en el original.

	<p>Ana Rosa, tocando el pedazo de seda amarilla, se acordó de una hora en que tuvo puesto un vestido immaculado frente a un altar lleno de flores blancas.</p> <p>Ya las valijas habían sido llevadas al automóvil, pero ellos no pudieron evitar la lluvia de arroz que arreciaba desde todos los ángulos (p. 19)</p>
--	--

Se observa, entonces, una particular enfoque sobre el significado de la vida marital, el que oscila entre la liberación de la mujer y una imposición social, propia de la época, que no siempre lleva a la dicha esperada. Jurado juega con la cuota de irrealidad que rodea a la celebración del matrimonio, al punto que ella misma, y el personaje del cuento, vivencian el momento como una situación cargada de fantasía, que no llegan a sentir como propia. La fastuosidad y el carácter efímero de esa celebración se dejan leer claramente en sus memorias al manifestar que “la larga cola de raso terminó, como tantas otras, en colcha...” (p. 210). Dentro “de las tantas otras” se incluiría la propia cola del mutilado vestido de Ana Rosa.

II. 4. La exhumada

Desde las primeras líneas de este cuento aparecen datos biográficos concretos. Se cita una fecha -junio de 1937- año que coincide con el cumpleaños número 15 de Jurado, la misma edad de quien escribe un diario íntimo sobre el cual gira la historia. La niña se describe como alguien “inquieta, ávida, insaciablemente curiosa” (p. 121), atributos que Jurado refiere sobre sí misma en varias páginas de sus memorias.

Indudablemente, en este cuento la escritora trae su propia vida sentimental a la ficción. Habla de sí misma, de la adolescente que se enamoró por primera vez el día de su cumpleaños y quien “salta al éxtasis por un nuevo par de zapatos o al deslumbramiento porque lee a Descartes y cree que lo entiende” (p. 123).

Veamos el paralelismo que se presenta:

Memorias	La exhumada
<p>En la fiesta de mis quince (...) subió la escalera un desconocido (...) Bastó mirarnos a los ojos para que sucediese el milagro (...) El me llevaba diez años y se llamaba Horacio (p. 148).</p> <p>Me prohibieron toda comunicación con él... me la pasaba llorando y leyendo poesía romántica (p. 149) (...) el furtivo encuentro entre las bambalinas del teatro Cervantes, donde yo acaba de bailar los lanceros del Club del Progreso.... Vestidos con trajes de época (p. 149).</p> <p>Lo veo ahora sentado a ese mismo piano, tocando el adagio del Claro de Luna de Beethoven, que se había convertido en una especie de símbolo musical de nuestros contrariados amores (p. 149).</p> <p>Ya casada y en viaje de bodas, nos encontramos en Canadá con un muchacho que había sido condiscípulo de mi marido y, mientras los dos rememoraban los amigos comunes, apareció el nombre de Horacio... el desdichado se había dado a la bebida (p. 149).</p>	<p>Me llamó A. Cuando oí su voz temblé de pies a cabeza (p.124).</p> <p>Todos los días habla, ahora de un beneficio donde ella bailará los lanceros del Club del Progreso, vestida con un traje de la época, de organdí celeste, con un gran escote y unas rosas en el pecho (p. 127). Irás a verme, Nadie puede impedirle que vaya al teatro (p. 127)</p> <p>El beneficio fue el viernes. El encuentro, en el corredor del teatro, rodeados de público. Los dos temblaban tanto que apenas podían hablar (...) cuando terminó el número lo encontró detrás del escenario, junto a un piano. Había gente. Alejandro se sentó y empezó a tocar el adagio del Claro de Luna (p. 128).</p> <p>Todo ha terminado para mí en esta vida. Mis padres supieron que nos seguíamos viendo y han resuelto llevarme a Europa. Nos iremos el mes que viene (p. 129).</p> <p>Nos encontramos con un antiguo compañero de colegio de Felipe (...) - ¿Te acuerdas de Alejandro? (...) Se vino debajo de una manera espantosa. Una ruina de lo que era; ¡también con lo que se mamaba! (p. 128).</p>

III. Conclusiones

El repaso del trabajo de ficción y no ficción realizado por Alicia Jurado nos muestra a una escritora que da cuenta de una rica vida en la que se sobresalen facetas diversas: una académica prestigiosa, una mujer ávida de conocimientos múltiples, una incansable viajera.

La condición de mujer en el siglo XX es uno de los temas que acapara su atención, por ello enumera las limitaciones del sexo femenino a la hora del acceso a la educación superior, su matrimonio y su esperable de mujer-madre-esposa dentro de su contexto social. Este último punto es particularmente visible en la relación que hace en el cuento “El casamiento”, y la peculiar descripción de lo significa, en su entorno, la institución del matrimonio.

Un aspecto saliente de las Memorias es la fuerte presencia de sus antecesores en la formación de su personalidad, bagaje cultural y posición social. La escritora incursiona en la búsqueda sobre sus antepasados durante sus viajes al exterior y, recurrentemente, realiza referencias a sus abuelos o bisabuelos. Así, vincula una memoria individual a una colectiva, que socializa por medio de la rememoración. El producto final resulta de la amalgama de todo aquello que sus ancestros hicieron de ella, de su familia, de esa estancia, sumado a la avidez de conocimiento que la marcó desde niña, que la llevó a incursionar en lecturas diversas, en la música clásica, en el arte, en el dominio de lenguas, y, sin dudas, su asombro por la naturaleza, que también influyó a la hora de sus estudios superiores en biología.

Por otra parte, también los objetos y espacios ocupan en Alicia Jurado un rol fundamental en la recuperación de su historia. Distintos elementos, a los que se refiere con minuciosidad a lo largo de sus memorias, demuestran una añoranza de una época que no pudo ser sostenida en el devenir histórico de su tierra pero que indudablemente marcó el modo de vida de su estirpe.

En suma, la ficción autobiográfica de esta escritora, así como su trabajo de no ficción, se entrelazan para dar cuenta de su propia historia y, apelando al ejercicio de reflexión genealógica, de la propia de sus antepasados. Con esta amalgama, y con el recurso de la incorporación de objetos y sitios específicos logra, en definitiva, mostrarnos una parte de la historia argentina y el estilo de vida aristocrático en la que fue criada, sin olvidar las vicisitudes que, como mujer, le toco transitar a lo largo de su fructífera vida.

IV. Bibliografía

ALBERCA, Manuel. (2005-2006). “¿Existe la autoficción hispanoamericana?”, Cuadernos del CILHA N° 7/8, pp. 115-27.

JITRIK, Noé (1997). “Autobiografías, memorias, diarios”, en Noé Jitrik, *El ejemplo de la familia. Ensayos y trabajos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Eudeba, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

JURADO, Alicia (1965). *Leguas de polvo y sueño*. Buenos Aires: El francotirador ediciones S.R.L.

JURADO, Alicia (1968). *Los rostros del engaño*. 2ª edición. Buenos Aires: Editorial Losada S.A.

JURADO, Alicia (1989). *Descubrimiento del mundo. Memorias (1922-1952)*, T. I. Buenos Aires: Emecé.

MOLLOY, Sylvia (1996). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica.

NEGRETE SANDOVAL, Julia (2015). “Tradición autobiográfica y autoficción en la literatura hispanoamericana contemporánea”, *De Raíz Diversa*, vol. 2, núm. 3, enero-junio, pp. 221-242. Disponible en http://latinoamericanos.posgrado.unam.mx/publicaciones/deraizdiversa/no.3/Negrete,_Julia._Tradicion_autobiografica_y_autoficcion_en_la_literatura_hispanoamericana_contemporanea.pdf